

Mujeres Yakama en la casa comunal

Medicinas transmitidas por el Hulí y ceremonias tradicionales de los Primeros Alimentos

Parte 1

Por Hailey Allen

Traducción de Yesenia Cortés

RESUMEN

En este artículo, Hailey Allen (Yakama) explora el papel de la medicina tradicional entre las mujeres Yakama como una expresión vital del conocimiento indígena y un componente fundamental de la continuidad cultural de la casa comunal (*Washat*). Conocida como la Religión de los Siete Tambores, o *Waashat* y *Washani*, la religión de la casa comunal en la Meseta de Columbia—incluida la nación Yakama—se comprende mejor como una forma de vida espiritual que como una religión formal. Este estudio emplea un enfoque inmersivo y participativo que integra entrevistas con personas mayores, ceremonias de la casa comunal, carreras ceremoniales y conocimientos comunitarios, junto con la recolección de los sagrados *First Foods*: *salmón, raíces, bayas, venado y agua*. Estos elementos son centrales en la práctica de la casa comunal. Anclada en la metáfora de *Huli*, el término sahaptin para “viento”, Allen muestra cómo las mujeres Yakama encarnan la transmisión cíclica y relacional del conocimiento, fomentando así la continuidad cultural y el cuidado ecológico a lo largo de generaciones.

Introducción

Sitúo este trabajo en el contexto de mi experiencia como mujer Yakama, reconociendo que mi perspectiva representa solo una voz entre muchas y no retrata a la tribu Yakama, ni a ningún otro grupo indígena, en su totalidad. Mi comprensión se nutre de la guía de mis mayores y de mi propia trayectoria. Me siento profundamente agradecida por desempeñar el rol, siempre cambiante y en constante evolución, de estudiante, con diversas oportunidades para aprender de la tierra, de la sabiduría de mis mayores, de la guía e inspiración de los niños

para quienes escribo, así como de las futuras generaciones.

Al emprender este trabajo, me propongo expresar mi perspectiva como mujer indígena con respeto y humildad, a la vez que apoyo la participación de mujeres indígenas jóvenes, adultas y ancianas dentro de nuestra comunidad. Aspiro a fomentar la investigación y el activismo guiados por los valores culturales Yakama y arraigados en los saberes indígenas, apoyando una práctica de investigación centrada en la comunidad que genere conocimiento culturalmente relevante.

Abordo esta investigación desde mi perspectiva como mujer de ascendencia indígena mixta, descendiente de las tribus Yakama y Umatilla, con raíces judías y afroamericanas. Mi trabajo examina los roles y las contribuciones de las mujeres dentro de la tradición de la casa comunal de la comunidad Yakama, una comunidad con la que tengo una profunda conexión y en la que he participado activamente y aprendido a lo largo de mi vida.

A lo largo de mi trabajo, y al definir mi enfoque y métodos de investigación, me he basado en la notable obra de la académica Yakama, la Dra. Michelle M. Jacob, cuyo libro *Yakama Rising* (El ascenso de los Yakama) nutre continuamente mi trabajo a través de su perspectiva feminista decolonial indígena Yakama.

Además, inspirada por la obra de Leanne Simpson, “Water as theory” (El agua como teoría), he adoptado una forma de pensar que fundamenta el viento como mi ancla teórica para descubrir y comprender la transmisión relacional del conocimiento y las tradiciones Yakama. La palabra Sahaptin para viento es *Hulí*, y utilizo esto como mi marco conceptual para ver y adoptar los principios del viento como una fuerza viva que nutre la continuidad y la resiliencia de la transmisión relacional del conocimiento incorporado, teniendo en cuenta también los impactos a veces severos e impredecibles de su fuerza.

Este proyecto explora etnográficamente la medicina tradicional de las mujeres Yakama a través de la religión de la casa comunal (Washat), enfatizando la interconexión, las relaciones y la dinámica espiritual entre el agua, la tierra, las

Ceremonias de los Primeros Alimentos y el papel de la mujer como portadora y guardiana del conocimiento cultural. Analizo cómo las mujeres y ancianas Yakama han preservado y adaptado el conocimiento y las prácticas tradicionales frente a numerosos obstáculos.

Historias en movimiento: Leyendas Yakama, ancianas y reuniones

La leyenda de Winaawayáy (Viento del Sur)

En la colección de tradición oral Yakama Anakú Iwachá (El Camino Era), la historia de Winaawayáy (Viento del Sur) transmite temas de degradación y restauración ambiental, poder espiritual, la resiliencia de la cultura a través de la transmisión del conocimiento matriarcal, los orígenes de los accidentes geográficos naturales y las fuerzas del viento, los patrones cíclicos del viento y el clima, y la importancia de la preparación mental y física.

La leyenda describe la batalla entre el Viento del Norte (Atyayáaya) y el Viento del Sur (Winaawayáy), ambos seres divinos. Winaawayáy es descendiente de Tick y Louse, guardianes de Chawnápamípa (Hanford y White Bluffs, condado de Benton, Washington), una tierra fértil y abundante, rica en animales, raíces, bayas y plantas medicinales. La historia narra los esfuerzos de Winaawayáy por defender la tierra de Chawnápamípa del implacable Atyayáaya, quien, junto con sus hermanos y hermana del Viento Frío, busca congelar, devastar y, finalmente, conquistar la tierra y sus habitantes para su propio dominio.

Winaawayáy emerge como puente entre dos regiones y dos mundos: la Meseta y la Costa, la Tierra y el Mar. Desciende tanto del pueblo Chawnápamípa como de la Costa Norte, nacido de las poderosas criaturas marinas del océano sagrado y de las fértiles tierras de la Meseta, fuente de vida. Heredó los poderes especiales de ambos linajes. La importancia de ambos lugares radica en su perdurable presencia ancestral y su profundo significado espiritual, lo que resalta la vital importancia de las tradiciones y prácticas arraigadas al lugar. La tierra es venerada como parte de su ascendencia, y todos los seres que la habitan son considerados parientes.

Me propongo destacar un aspecto de la historia que, si bien no se aborda en profundidad en el texto, posee una gran importancia: el papel de la abuela. Sin su sabiduría, paciencia y determinación, su historia habría tenido un desenlace muy distinto. Fundamentalmente, gracias al vínculo matrilineal con su abuela, Pityachíishya (Mujer del Océano), Winaawayáy recibe formación y preparación. La abuela es la guardiana del conocimiento medicinal y de las recetas sagradas del océano. Prepara medicinas a partir de los seres más formidables del mar: orcas, tiburones, anguilas y morsas. Esta medicina tiene una doble naturaleza: es, a la vez, un arma y una fuerza vital.

Winaawayáy se prepara durante años bajo la tutela de sus abuelos, lo que demuestra la naturaleza innata, aunque cultivada, de la guía intergeneracional a través de años de ceremonias, disciplina y tareas repetitivas. El conocimiento corporal no se genera instantáneamente; en

cambio, se cultiva y nutre a través de años de relación con todos los parientes: la tierra, el agua, el aire, los animales y el linaje humano.

Llega el momento en que Winaawayáy finalmente se enfrenta a Atayáyaya. Con la guía y la medicina de su abuela, logra mantenerse firme donde sus tíos y padres antes que él habían caído. El triunfo se extiende por toda la región, restableciendo el equilibrio del mundo natural y asegurando que los vientos soplen en su estación, que los ríos se descongelen y que la vida se reproduzca y se sostenga.

La batalla misma se refleja en las huellas de la tierra: cañones, crestas, manantiales, todos testigos de estos eventos ancestrales, que inscriben el conocimiento Yakama en la propia tierra. La historia también contiene una advertencia: si la tierra vuelve a sufrir daño, Winaawayáy jura regresar. Esto ejemplifica la responsabilidad y el compromiso inquebrantable con la protección del medio ambiente que el pueblo Yakama honra y defiende. En su libro *The Gift of Knowledge: Reflections on Sahaptin Ways* (El don del conocimiento: Reflexiones sobre los caminos de los Sahaptin), la difunta anciana Virginia Beavert, erudita y lingüista yakama, describe las leyendas que rodean los lugares emblemáticos, transmitidas de generación en generación por su abuela: “La mujer de la leyenda es una mujer sagrada que concede deseos. En este lugar, junto al Sendero de la Anguila, yace boca arriba cerca de la cima de una montaña, con los brazos extendidos, y se dice que te abraza con amor. Debes acercarte a ella con respeto y amor” (Beavert 2019).

En esta leyenda, presenciamos la dualidad de *Hulí* (el viento), con su transformación inherentemente ambivalente, es capaz tanto de sanar como de dañar, de renovar como de destruir, de ser medicina y veneno. Esta narrativa ilustra múltiples lecciones, paralelas a las decisiones que enfrentamos al cuidar nuestros entornos, enfatizando también la lucha entre las fuerzas de la creación y las de la destrucción. Demuestra que, mediante la reverencia por la sabiduría matriarcal, el compromiso con el cuidado ecológico y la transmisión del conocimiento entre generaciones, la resiliencia cultural y ambiental puede perdurar.

La perspectiva de una anciana Yakama: Reflexiones de Martina en la casa comunal

Me senté a conversar con mi madrastra, quien ha formado parte de mi vida durante casi treinta años. Ella es una anciana Yakama cuyo linaje abarca varias comunidades de casas comunales, incluyendo Satus, Toppenish Creek, Rock Creek y Wapato. Realicé la entrevista en persona y, aunque no se grabó en audio, documenté sus palabras textualmente durante la conversación para asegurar una representación fiel de sus reflexiones.

Cuando se le pidió rememorar algún recuerdo de su infancia que reflejara su crianza según las tradiciones de la casa comunal o del Washat, Martina compartió: “Tener que quedarme quieta y no hablar. Creo que en aquel entonces, solo hablabas cuando te hablaban. Tenías que ser disciplinada”.

Su temprana conexión con la casa comunal se vio interrumpida por el internado. “Es muy difícil recordar la primera vez que fui a la casa comunal. Nos enviaron a un internado cuando tenía diez años”. Aunque su madre desempeñaba un papel en el espacio ceremonial: “Mi madre era cocinera en la casa comunal. Siempre estaba en la cocina”, señaló, “probablemente a nosotros, los niños, no nos dejaban ir”.

Esa ausencia continuó tras el grave accidente automovilístico de su madre. “Mi padre venía a buscarnos de vez en cuando, pero mi abuela cuidaba de mi madre”. Martina explicó que no volvieron enseguida: “No fuimos hasta que regresamos del internado”. No fue hasta la muerte de su padre que volvió a asistir: “Cuando mi padre falleció, yo tenía 14 años, probablemente fue cuando tuve que ir”.

Aunque al principio no participaba en las ceremonias de la casa comunal, sus primeras enseñanzas se basaban en la transmisión intergeneracional de conocimientos que tenía lugar en el hogar. Se describía a sí misma como “la niña mimada de su abuela”, y solía sentarse junto a ella para absorber sus enseñanzas a través de la observación y la instrucción gentil. “Solo tenía que sentarme a su lado y verme bonita”, explicaba.

Describió cómo su abuela fue su primera maestra tanto en el idioma como en las prácticas cotidianas. Recordó haber aprendido expresiones comunes en yakama, incluyendo frases como “hora de comer”, que se usaban en la conversación diaria.

Desde muy joven, le enseñaron el significado cultural y la técnica de la preparación de alimentos. “Tenía unos siete u ocho años cuando aprendí a hervir papas”, recuerda. Estas enseñanzas se ampliaron con el tiempo; a los dieciséis, ya sabía preparar comida para ceremonias. “Aprendí a hacer pasteles, y la primera vez hice dieciséis”, cuenta. Estos pasteles se prepararon especialmente para una danza medicinal que organizaba una vecina. “Tuve que llevarlos en coche hasta su casa... Los dejé allí y listo, ya había terminado por esa noche”.

Las primeras enseñanzas reflejan los aspectos de género de la responsabilidad cultural y demuestran la doble naturaleza de la cocina como habilidad y como tradición sagrada transmitida de abuela a nieta.

Al preguntarle sobre las primeras enseñanzas acerca de cómo comportarse en la casa comunal, Martina reflexionó sobre los protocolos fundamentales que aprendió desde pequeña. Explicó: “Nos enseñaron a rodear el arroyo. Esto se considera sagrado. No todos saben hacerlo. Se cuelan por las puertas laterales. O simplemente no saben cómo hacerlo”.

Incluso recientemente, presenció estas enseñanzas en la práctica. En un servicio conmemorativo celebrado en la casa comunal de Satus, notó que su prima estaba a punto de sentarse antes de tiempo. “Le dije que tenía que volver al frente y darse la vuelta para que los demás asistentes pudieran acercarse a saludarla”. Estas responsabilidades, explicó Martina, se

transmiten de generación en generación: “Cuando mis primos eran pequeños, me decían: “Ve y quédate con Martina, ella sabe qué hacer”. Y yo pensaba: “No, no lo sé””.

Respecto al Washat en sí, Martina lo describió como una ceremonia sagrada que puede resultar extraña para quienes aún están aprendiendo. Comentó: “Si sabes lo que está pasando, es sagrado. Si estás aprendiendo y no sabes qué hacer, te sientes raro”. Aunque ella “más o menos entiende lo que dicen en nuestro idioma”, comprenderlo completamente sigue siendo un reto. Aun así, enfatizó el espíritu de la ceremonia: “Siempre es como dar la bienvenida a mis familiares y amigos. Lo considero sagrado”.

Martina describió el Washat como una experiencia de liberación espiritual: “Cuando estás en el Wash, es como si al hablar te liberaras”. Añadió que durante la fiesta, el silencio es costumbre: “En realidad no hablábamos... simplemente caminábamos”.

Al describir el papel de las mujeres en la casa comunal, Martina enfatizó sus responsabilidades fundamentales: “Lo hacen todo. Son las que cavan, recolectan, cocinan, sirven y preparan los platos al final”. Esta descripción del papel de las mujeres revela la profundidad de sus contribuciones, que abarcan desde la recolección de la tierra hasta la preparación de alimentos ceremoniales, con responsabilidades que perduran mucho después de la finalización de los servicios formales.

La preparación para reuniones ceremoniales, como la ceremonia de los Primeros Alimentos, implica la adecuación tanto espiritual como física del espacio. Martina explicó que “regaban el suelo para que no se llenara de polvo”, refiriéndose al pasillo central de tierra de la casa comunal. Las mujeres también se aseguran de que los pisos estén limpios y se mantengan con respeto: “Si usas la casa comunal, asegúrate de dejarla como la encontraste”. Este respeto por el espacio ceremonial compartido no es solo logístico, sino también espiritual, y exige responsabilidad hacia el lugar y las personas.

Las ceremonias requieren un liderazgo experto. Martina comentó: “Se puede celebrar una ceremonia allí, pero se necesita un líder o alguien con conocimientos sobre la ceremonia para prepararla”. Recordó la experiencia de nuestra familia: “Cuando les pusimos nombre a todos los niños [mis hijos, sobrinos y sobrinas], nuestro amigo Deland Olney fue quien ofició la ceremonia para la familia”. Si bien los hombres son los encargados de tocar los tambores, cantar y dirigir la ceremonia, las mujeres también cantan, aunque no con la misma función.

Las mujeres respetadas lideran la preparación de los alimentos en la comunidad. “La jefa de la línea —Bobbi o tu kathlah [mi abuela]— más o menos Bobbi”, explicó Martina. En otras casas comunales, como las de Wapato, mencionó a Winna o Bernice como líderes en la preparación de alimentos. Sin embargo, también señaló que este rol suele cambiar debido a la salud o la capacidad: “Bernice tiene que retirarse porque

tiene cáncer de mama. Entonces se le pasa a la persona mayor si está dispuesta a asumir esa responsabilidad, pero muchas veces no funciona así”.

El liderazgo en la casa comunal sigue una estructura de género arraigada en la tradición. Martina describió cómo “los hombres son los tamborileros y cantores, realizan ceremonias y tocan la campana en la sección de tambores. La campana suena en la transición entre cada canción y al final del servicio”. El liderazgo femenino se manifiesta de otras maneras: como cocineras, recolectoras, cavadoras y también como quienes tocan la campana al guiar a las mujeres. “Generalmente es la cabeza de la fila”, enfatizó, revelando el papel de las mujeres mayores en la guía del ritmo y la estructura ceremonial.

Al hablar de los roles ceremoniales de las mujeres durante los cantos y bailes, Martina explicó que “las mujeres van segundas en la fila cuando se baila y se reza”, situando sus movimientos dentro de un orden sagrado más amplio de la casa comunal.

Al preguntarle sobre las ceremonias de los Primeros Alimentos y el homenaje al salmón, las raíces, las bayas y la carne, Martina describió los elementos relacionales: “El salmón representa el agua. La carne representa la tierra, o algo similar, mientras que las raíces también representan la tierra. Las bayas también son la tierra”. Los alimentos no son solo sustento, sino también nuestros parientes; son familia, a quienes

recibimos con gratitud por “estar presentes” y reconocemos en la ceremonia como dones sagrados de la tierra y las aguas. Como dijo Martina: “Estamos agradecidos de que hayan aparecido y expresamos nuestra gratitud”.

La época de recolección estacional es inseparable de la vida ceremonial. Martina explicó cómo los ritmos naturales y la variación climática determinan cuándo se pueden cosechar ciertos alimentos. “El clima, la estación y la rapidez con que brotan las raíces —si brotan temprano o tarde— dificultan saberlo”, señaló. Las bayas pueden ser impredecibles: “A veces brotan temprano, a veces casi no hay, y a veces hay muchísimas”. Estas fluctuaciones requieren atención y adaptabilidad. También compartió una enseñanza sobre la muerte y el protocolo

ceremonial: “Miren, ahora mismo no debería estar desenterrando raíces ni recogiendo bayas porque ha habido una muerte en mi familia... a menos que me libere”. Añadió que “una vez que te liberas, haces una pequeña ofrenda y se considera un acto de liberación y reencuentro. Esperas un año”.

Es fundamental que quienes puedan ir a buscar raíces lo hagan en nombre de los familiares que están de luto, enfermos o que, por motivos económicos o de salud, no pueden acceder físicamente a las montañas. Martina tuvo la fortuna de recibir una generosa donación de raíces de sus sobrinas, quienes fueron a buscarlas. Hemos estado almacenando estas raíces para el funeral de su hermana, el próximo abril. Se requiere mucha preparación para los funerales.



Figura 1

Algunas de las raíces que las sobrinas de Martina le regalaron, secadas para su almacenamiento y conservación para el monumento conmemorativo. De izquierda a derecha, *Pank'ú* (raíz de pan botón), *Piyaxí* (raíz amarga), *Sicáwya* (raíz). Fotografías de Hailey Allen.



Figura 2

Almacenamiento de raíces secas (De izquierda a derecha: *Piyaxí*, *Pank'ú*, *Sicáwya*), maíz y salmón enlatado para el monumento conmemorativo. Fotografías de Hailey Allen.

La transmisión intergeneracional es parte esencial de las reuniones estacionales. “...mira, intento compartir con Tashina [su nieta] y con quien quiera escuchar”, dijo Martina, refiriéndose también a mi hermana y a mí: “con ustedes, chicas”. El acto de compartir el conocimiento es intencional y se basa en la conexión con los demás, ofreciéndose a quienes se presentan con apertura y respeto.

Al describir las relaciones de género con los Primeros Alimentos, Martina afirmó que

“los hombres pescan y cazan, y las mujeres recolectan y cavan”. Sin embargo, también reconoció que estos roles son flexibles y adaptables: “Las mujeres también cazan a veces”, explicó. “Bobbi [mi tía abuela] salió a cazar su propio venado cuando no tenían ninguno para la casa comunal”. Estas historias desafían los rígidos estereotipos de género y resaltan las maneras en que las mujeres asumen roles de liderazgo y provisión, asegurando que nuestras ceremonias continúen incluso en ausencia del apoyo masculino.

Cuando se le preguntó si su familia alguna vez había experimentado una época en la que la vida ceremonial se viera interrumpida o restringida por leyes o políticas externas, Martina reflexionó sobre las consecuencias persistentes de las políticas lingüísticas asimilacionistas. “Ehh, algo así”, comenzó, “como cuando intentaron que los nativos solo habláramos inglés”. Explicó que estas presiones influyeron incluso en las decisiones de su abuela: “Mi abuela no me enseñó nada del idioma porque decía que yo vivía en el mundo de los blancos y que tenía que trabajar en el mundo de los blancos”. El impacto de estas restricciones lingüísticas sigue siendo un recuerdo doloroso. “El idioma era el único tema delicado que siempre recuerdo”, dijo. Aunque su abuela no le dio instrucción formal, sí compartía algunas palabras en casa, sobre todo cuando estaba molesta. “Me enseñó un poco en casa, especialmente cuando se enojaba conmigo”, recordó Martina, señalando que rara vez necesitaba que se lo repitieran: “Cuando me enseñaba algo, lo aprendía enseguida. Se esperaba que aprendieras algo de inmediato”.

Respecto al Tratado de 1855 y sus implicaciones más amplias, Martina dejó claro su distanciamiento del gobierno tribal formal. “No participé en el tratado”, dijo. “Pensé que si llegaba a formar parte del consejo, lo leería. Pero nunca llegué a formar parte del consejo y nunca me interesó la política, no me ha interesado, ni me interesará”. Si bien muchos de sus familiares, incluidos tíos, su abuelo y amigos de la familia, formaron parte del consejo, expresó su incomodidad con los sistemas de gobierno

contemporáneos. “Simplemente no me gusta que piensen que su código de ética o sus vigilantes tienen derecho a entrometerse en la vida de todos. Sobre todo si bebes alcohol; creen que pueden meterse en todo”. Para Martina, estas actitudes prejuiciosas no se alinean con nuestros valores tradicionales. “No se supone que uno deba juzgar a los demás. No somos así”. Ella señaló que en tiempos anteriores, durante los mandatos de mi difunto abuelo Russell [mi tío abuelo, también conocido como abuelo] en el consejo, existía una expectativa de cuidado y protección de la comunidad en lugar de vigilancia.

Al reflexionar sobre el impacto del trauma histórico y las políticas de los internados, Martina reconoció que las recientes revelaciones sobre las fosas comunes sin nombre atrajeron la atención que tanto se necesitaba. “Sí, sabes, cuando por fin —cómo decirlo— encontraron todos esos cuerpos en los internados, por fin se les abrieron los ojos a todos los blancos”. Aunque su propia experiencia en un internado cristiano no fue tan grave como la de otros, el sistema aún imponía cargas significativas. “Teníamos todas esas tareas, y no era solo una [de nosotras], éramos todas”.

Relató cómo amigos y familiares, incluyendo un amigo arqueólogo, habían visitado cementerios, entre ellos el de White Swan. “Que yo sepa, no encontraron nada”, dijo. Su madre y su abuela también habían asistido a la escuela de White Swan, que describió más como una escuela diurna que como un internado.

Al preguntarle sobre las enseñanzas tradicionales relacionadas con los elementos,

como el viento, el agua y la tierra, Martina reflexionó sobre la importancia de prestar atención al mundo natural. “El viento”, dijo, “dicen que el viento puede susurrarte cosas, y tú decides si escuchar o no. Siempre debes escuchar lo que te dice tu entorno”. Para Martina, escuchar a la tierra no es solo una metáfora; es, más bien, una práctica de responsabilidad y conexión con ella.

Al hablar del papel del canto y la oración en los espacios de la casa comunal, Martina enfatizó las múltiples capas de significado inherentes al lenguaje y a las propias canciones. “Si entiendes el idioma, entonces entiendes lo que dicen”, explicó, señalando que este conocimiento se adquiere con el tiempo: “Eso requiere tiempo para comprenderlo”. Las canciones cumplen funciones específicas. “Hay una canción de guerra, una canción de mujer, una canción para cuando sales a cavar, una canción para cuando tomas lo que la tierra te da. Apuesto a que también hay canciones de pesca”. Las canciones son contextuales y ofrecen orientación para la acción y la ceremonia. Martina reconoció la labor de mi tío abuelo, el atwai Russell Jim, y de otros miembros de la comunidad, como Jerry Meninick, quienes transmitieron los significados más profundos de estas canciones. “Russell era bueno explicando”, dijo, “porque no siempre hablaba el idioma, también hablaba inglés. Decía: ‘Para ustedes, los jóvenes que no entienden el idioma y quieren aprender’”. Añadió que Jerry también honraba la tradición familiar de enseñar diciendo: “Esto es lo que me enseñó mi mayor”.

Martina habló con profundo respeto sobre la perseverancia de las mujeres Yakama en el cumplimiento de sus responsabilidades ceremoniales. “Simplemente seguían trabajando duro y cumpliendo con su deber”, dijo. Su abuela era una líder en las prácticas de recolección: “recolectaba y cavaba durante mucho tiempo”. Martina compartió que, si bien su abuela no siempre fue estricta con ella, las enseñanzas permanecieron presentes. “No sé por qué no fue tan estricta conmigo. Yo era como una de sus niñas blancas”, bromeó. Aún así, Martina encontró maneras de aprender por sí misma habilidades tradicionales como la costura: “Pensaba: ‘Abuela, vas a vivir para siempre y siempre me coserás vestidos’”.

Expresó su orgullo de que su nieta, Tashina, haya heredado esa habilidad: “La aprendió rapidísimo. No creo que mi hija quisiera aprenderla en absoluto, pero Tashina sí”.

Cuando le preguntaron qué enseñanzas esperaba que las generaciones más jóvenes conservaran, Martina combinó humor y sinceridad. “Solo hagan lo que se les dice y no pregunten. ¡Pónganse en la fila!”, rió, y añadió: “No, Bobbi es una buena maestra, una maestra excelente. Y siento que les enseñé algunas cosas a ustedes [mi hermana y a mí] cuando eran pequeñas”. Sus enseñanzas iban más allá de las ceremonias, abarcando actos cotidianos de cariño y continuidad cultural. “Cuando hago mermelada, la puedo usar todo el año, para tartas o cumpleaños”. Recordó cuando le enseñó a Tashina a coser una enagua: “Le dije: ‘¡Pan

comido!', y ella me respondió: 'Sí, claro'. Luego lo hizo, y exclamó: '¡Ah, sí, es pan comido!'".

Martina describió las numerosas comunidades de casas comunales con las que su familia tiene vínculos: sus tíos estaban en la casa comunal de Satus, la familia de su abuela en Toppenish Creek y su abuelo paterno (su tía) estaba en la casa comunal de Rock Creek, junto al río. "Tienen un banquete de salmón y raíces, un powwow y un torneo de herraduras", dijo. Por parte de su padre, la familia provenía de la casa comunal de Wapato. "¿Ves? Por eso Bobbi dice que vengo de una familia muy arraigada en las casas comunales", dijo riendo. En conversaciones anteriores, a Martina la han llamado en broma "realeza de las casas comunales", un título que acepta con humildad, humor y orgullo.

Excavaciones de Sawict en las montañas Yakama

Esta dualidad de *Hulí* también se manifiesta en el presente a través de las experiencias vividas en la tierra. Cuando estoy en el campo con mis mayores y la generación más joven de maestros y guardianes de la sabiduría, soy testigo de los roles cambiantes del maestro: a veces es el anciano, a veces la tierra misma, y a veces es mi primita de dos años. Con sus deditos llenos de tierra, señala con entusiasmo cada tallo de zanahoria india (Sawict) que asoma del suelo, exclamando: "¡Hay una pequeñita, hay una pequeñita!", y con orgullo gritando: "¡Lo logré!", mientras me ayuda a arrancar la raíz de la tierra donde la vio. Con delicadeza, arranca la Sawict de su tallo y luego, con ternura, dice: "Ay, qué pequeñita", refiriéndose a cada raíz que cosechamos, sin

importar su tamaño. Todas son sus pequeñitas; todas son preciosas para ella. Ella ama la tierra con una reverencia que me llena de un orgullo y una admiración inmensos: por su amor puro e instintivo hacia la madre que nos cuida a todos. Coloca cada raíz en mi cesta, luego levanta la vista y corretea, señalando la siguiente para que la conozca, la admire y reciba su medicina.

Mi tía abuela es una narradora nata, que encierra profundas enseñanzas en cada reflexión. Estas historias contienen lecciones que se van desvelando con el tiempo. Me abrazó y nos sentó en la mesa del comedor de su acogedora casa, que recuerda a la de mi bisabuela, su cuñada.

Mientras nos adentrábamos en las montañas, Bobbi recordaba que hacía muchos años, desde su infancia, que no había entrado en la ceremonia de la cabaña de sudar, hasta que un día, con mi abuela, finalmente retomó la práctica en un campamento en las colinas. Bobbi hablaba de su primera experiencia y de lo dulce, comprensiva y amable que fue mi abuela al enseñarle. La cabaña se construyó de forma tradicional, y la ceremonia siguió las enseñanzas sobre la separación y el respeto entre los roles de hombres y mujeres.

En su libro *The Gift of Knowledge: Reflections on Sahaptin Ways*, la difunta anciana Virginia Beavert, erudita y lingüista yakama, describe esta práctica.

Las mujeres sudan separadas de los hombres y usan sus propias hierbas femeninas. Además, no cantan en el baño de sudación, solo conversan. Cada una da gracias al Abuelo Sudor y le cuenta sus

problemas... Las mujeres de nuestra tierra no sudan junto con los hombres. Hacen sus cosas por separado, sobre todo con sus medicinas y perfumes para distintos usos. Solo para limpiarse el cuerpo usan una medicina común, solo para perfumarse... pero el otro sudor, donde se usa la medicina sagrada, ese se mantiene en secreto. Se atesora para usos importantes, de maneras importantes. Pagan mucho por esta enseñanza [cómo identificar, recolectar, preparar y usar estas medicinas]. Eso es lo que les enseña el Anciano. (p. 96).



Figura 3

Excavando Sawict. Fotografía de Hailey Allen.

Aquí, presenciemos la lección de continuidad a través de *Hulí*. El recuerdo de Bobbi ilustra cómo la ceremonia se desplaza por el espacio y cómo aquellos comprometidos con mantenerla viva reconstruyen continuamente lo sagrado.

Vine Deloria Jr. describe la profunda importancia del espacio para los pueblos

indígenas: “Los indígenas estadounidenses consideran sus tierras —su lugar— como poseedoras del significado más elevado posible, y todas sus declaraciones se realizan teniendo en cuenta este punto de referencia” (Deloria, 2023, p. 55). Además, aclara esta distinción entre las cosmovisiones occidentales e indígenas para destacar la centralidad de la tierra en el pensamiento indígena.

Él afirma: “Cuando un grupo se ocupa del problema filosófico del espacio y el otro del problema filosófico del tiempo, entonces las afirmaciones de cualquiera de los dos grupos no tienen mucho sentido cuando se transfieren de un contexto a otro sin la debida consideración de lo que está ocurriendo”. (Deloria, 2023, p.55).

En estos recuerdos y experiencias, recuerdo que *Hulí* no es solo aliento o viento, sino una fuerza vital que se mueve a través del espacio y la ceremonia, nutriendo mi alma mediante el parentesco y transformando y refinando mi conocimiento con cada encuentro con la tierra. A través de la tierra, recuerdo cómo respirar de nuevo y cómo restaurar la relación con ella que el colonialismo intentó romper. A través de la risa de mi prima pequeña, las historias de mi tía abuela y el recuerdo de mi cariñosa y bondadosa abuela, recuerdo que la medicina reside en la tierra y dentro de nosotros, a través de nuestra respiración, en nuestras manos, en nuestros sueños y en nuestra memoria. Esta es la belleza y la ternura de regresar a la tierra y transmitir las enseñanzas a la próxima generación, para sanar, reparar y reconstruir lo que se rompió, y para mantener vivo lo sagrado a través de historias y tradiciones.

**Figura 4**

Ku'pin utilizado para desenterrar raíces. Fotografía de Hailey Allen

**Figura 5**

Preparativos para la excavación. Ku'pin y Waapas (cestas para excavar). Fotografía de Hailey Allen.

Gestionando la memoria: Kiutus Jim y los vientos de resiliencia

**Figura 6**

Camisetas de la Carrera Kiutus Jim de los últimos dos años (2024 y 2025). Fotografía de Hailey Allen.

La carrera anual de Kitus Jim es mucho más que una simple carrera. Es una ceremonia viva que encarna la resistencia, la memoria y la fortaleza del pueblo Yakama, transmitida a través de la presencia y el liderazgo de las mujeres Yakama, cuyo papel sigue siendo fundamental para preservar su dimensión ceremonial. Ubicada en la tierra ancestral de mi familia y continuada por la familia extendida, representa la interconexión, la medicina relacional y la resiliencia ceremonial, reflejando una práctica compleja que resiste las fuerzas coloniales y destructivas que amenazan la existencia del pueblo Yakama.

Como descendiente de Jim, mi participación es personal y etnográfica. El nombre conlleva un legado que abarca décadas, demostrando la resiliencia, la brillantez, la tenacidad y la resistencia que representa la carrera. Correr siempre ha sido una práctica ceremonial en mi familia; al igual que los Primeros Alimentos y

otras prácticas tradicionales, la carrera simboliza la resistencia indígena y la fortaleza espiritual necesaria para contrarrestar la aniquilación colonial y la destrucción ecológica.

Mi tío abuelo, el atwai Russell Jim, me recuerda que la resistencia es más que supervivencia física; es una fuerza de espíritu milagrosa. En el documental “A Quiet Warrior” (Un guerrero silencioso), del fallecido cineasta *Jeanne Givens*, mi tío abuelo comenta sobre la extraordinaria fuerza de los caballos salvajes. Describe cómo pueden correr todo el día, y añade: “Los caballos eran magníficos... tenían la capacidad de correr todo el día... parecían llegar hasta lo más profundo de su ser”. Ahí es donde reside la verdadera salud, en todo sentido: espiritual, físico, emocional y relacional.

Aunque este año corrí una carrera difícil, llevé conmigo sus palabras, repitiéndome: “Busca en lo más profundo de tu corazón”. Pido valor y fuerza para explorar esa profundidad y abrazar esa fortaleza. Este acto de resiliencia me recuerda que la supervivencia es inseparable de la lucha, y que la resistencia no existe en el aislamiento; se despliega a través de la tierra, los espíritus que me rodean y la familia que corre a mi lado, tanto en cuerpo como en memoria.

Una ceremonia marca la finalización de la carrera Kiutus Jim. Después de la carrera, se realiza un sorteo para cada participante, una ceremonia del salmón y una enseñanza. Mi tía abuela Bobbi siempre está en la cocina, preparando el salmón y la comida para todos. La observo moverse con soltura; sabe exactamente

lo que se necesita, casi sin hablar, y está completamente dedicada a su labor. Las mujeres de nuestra tribu siempre trabajan arduamente. Siempre en movimiento, siempre preparándose, siempre asegurándose de que todos estén bien atendidos.

Sin embargo, es más que solo cocinar. Pienso en la comida y en la medicina que se le añade. Es más que una comida. Los pensamientos y sentimientos que la tía Bobbi alberga al prepararla también forman parte de la medicina. El cariño, la intención, la energía que transmite se transfieren a la comida. Eso es lo que comemos, eso es lo que nos nutre.

Escuché a mi tío abuelo, Robert Jim (el otro Bobbi Jim), hablar sobre este lugar especial y las reuniones que aquí se celebraban. Habló de su abuelo, mi tatarabuelo Kiutus, y de lo buen corredor que era. Las historias de los juegos y las reuniones especiales que se llevaban a cabo aquí aún se sienten en el aire. El Hulí evoca estos recuerdos y los trae de vuelta a este espacio. La memoria regresa al lugar, y experimentamos la transmisión del conocimiento a través de su aliento. Sus enseñanzas ofrecen una renovación de nuestro espacio sagrado, un recuerdo. La narración y la memoria preservan la continuidad cultural, y el espacio funciona como un depósito vivo de epistemologías ancestrales, que sostiene la identidad y la capacidad de adaptación a través de las generaciones.

Durante la carrera, pasamos cerca del cementerio donde están enterrados muchos de mis familiares. Estuvimos aquí hace apenas

un par de meses para limpiar y decorar sus tumbas. Cada Día de los Caídos, vamos a varios cementerios indígenas y limpiamos la tierra, retiramos las ofrendas antiguas que se han roto o deteriorado y las reemplazamos con objetos nuevos con significado (molinillos de viento, banderas estadounidenses para los veteranos, flores en jarrones de cristal y pequeños recuerdos como figuritas de animales, joyas u otros objetos personales).

La carrera tiene lugar el 4 de julio, una elección deliberada. La Nación Yakama solía disfrazar la festividad como una celebración patriótica del Día de la Independencia, usándola como pretexto para reunirse en ceremonias durante la época de asimilación indígena, cuando el gobierno estadounidense prohibió las reuniones ceremoniales y las grandes concentraciones. Esta demostración patriótica les servía de resquicio legal, permitiéndoles celebrar ceremonias mientras engañaban al gobierno estadounidense haciéndole creer que celebraban el Día de la Independencia. Jacob (2021) plasma esta resistencia estratégica en su libro *Fox Doesn't Wear a Watch: Lessons from Mother Nature's Classroom* (El zorro no usa reloj: Lecciones del aula de la Madre Naturaleza):

“Mis amigos Nez Percés me recuerdan la historia de la resistencia indígena a la opresión del estado colonizador que está vinculada al Cuatro de Julio. A medida que las danzas y reuniones indígenas fueron prohibidas como prácticas ‘salvajes’, los pueblos indígenas brillantemente

comenzaron a ‘celebrar’ el Cuatro de Julio, y los agentes indios responsables de controlar a los nativos asumieron que tales celebraciones estaban motivadas por fervor patriótico, evidencia de que los nativos se estaban asimilando apropiadamente.” (p. 41).

De esta manera, la Carrera Kiutus Jim no es solo un acto de resistencia sino una expresión dinámica de *Hulí*, el viento, que lleva consigo la memoria, la resiliencia y el movimiento hacia adelante. Como *Hulí*, estas prácticas cambian y se adaptan, pero permanecen constantes en su presencia y fuerza. Las mujeres son parte integral de esta continuidad; su labor, a menudo invisible pero fundamental, las lleva consigo. Preparan las comidas, sostienen las ceremonias y portan la medicina implícita en cada acto de cuidado. De esta manera, sus esfuerzos son similares a *Hulí* en tanto que circulan silenciosa pero poderosamente para asegurar que las enseñanzas, los recuerdos y las ceremonias continúen. Sus manos y su aliento generan y nutren la comunidad, creando los vientos de resiliencia que siguen soplando.

Reflexiones de los ancianos: Rene Brown sobre las tradiciones de las casas comunales

Conversé con la anciana Rene Brown, una respetada miembro de la casa comunal Wapato, quien se crió en la casa comunal y posteriormente se convirtió en jefa de la línea femenina. Este extracto destaca sus reflexiones

tras los servicios de la Fiesta del Huckleberry¹ del 27 de julio de 2025, centrándose en sus primeras experiencias, responsabilidades y enseñanzas dentro de la casa comunal.

Como parte de nuestra conversación, le pedí que reflexionara sobre sus primeras experiencias en la casa comunal y lo que significaba aprender siendo una niña. Le pregunté: *“¿Puedes compartir algún recuerdo de cuando eras más joven, creciendo en la casa comunal... o lo que significó para ti cuando estabas aprendiendo?”*

Ella compartió: “Un buen recuerdo sería cuando yo tenía probablemente la edad de Sugar, que tiene cinco años. Estábamos de pie en el suelo, y mi tía mayor, Amelia, salió y nos enseñó a bailar”.

Hizo una pausa por un momento, reflexionando sobre su infancia y su crecimiento en la casa comunal con nuestras tradiciones, y luego compartió: “Estar quietos, no hablar, no jugar... aprender a cavar y recoger por primera vez fue una experiencia increíble”.

Los niños no podían cavar ni recolectar hasta que fueran capaces de valerse por sí mismos. “No podías hacer nada de eso hasta que supieras peinarte... Una vez que un niño era capaz de peinarse y cepillarse los dientes solo, entonces podía empezar a aprender a cavar y recolectar”. Las familias aún intentan mantener esta tradición.

Al preguntarle sobre las responsabilidades que tenía durante la ceremonia cuando era joven,

Rene reflexionó sobre cómo su participación comenzó a cambiar desde temprana edad. Explicó cómo pasó del salón ceremonial principal a la cocina. Este espacio se convertiría en fundamental para su contribución a la comunidad de la casa comunal.

“Me introdujeron al mundo de la cocina. Así que siempre he estado en la cocina desde que tenía unos diez años”, recordó.

A partir de ese momento, Rene comenzó a ayudar con la preparación de alimentos y otras tareas relacionadas con la cocina, lo que se convirtió en su principal responsabilidad durante la ceremonia.

“He estado en la cocina ayudando: preparando las raciones, limpiando los saleros y pimenteros... poniendo los platos para servir. Hay seis platos. Esa era una de mis principales responsabilidades.”

A medida que fue creciendo, el papel de Rene se volvió cada vez más central, y finalmente asumió el liderazgo en la cocina.

“Ahora que soy mayor, la cocina se volvió mía... era mía.”

¹ Nota de la traductora: “Huckleberry” suele traducirse como “arándano”. Sin embargo, la palabra “huckleberry” se utiliza en inglés para referirse a una variedad de bayas, frutos de diferentes especies de la familia Ericaceae. En contraste, la palabra “arándano” suele referir únicamente a la variedad azul y roja. Históricamente, los frutos de huckleberry han sido un recurso importante de alimentación y nutrición para distintos grupos indígenas, y tienen también relevancia cultural. Se decide no traducir la palabra del inglés, al no contar con un equivalente al español que comunique la diversidad de estas plantas, su importancia histórica, nutricional y cultural para los pueblos indígenas.

Los problemas de salud han hecho que estas funciones pasen a otros.

“Ya no he podido hacerlo porque me han operado dos veces de la espalda. Así que se lo he pasado a otras personas, y ellas lo hacen.”

Cuando le pregunté a Rene qué le habían enseñado desde pequeña sobre cómo comportarse o comportarse en la casa comunal, hizo una pausa y reflexionó.

“Era más bien... se esperaba que lo hiciéramos. No es que nos lo enseñaran, era una mirada que te dirigían”, dijo.

En lugar de recibir instrucciones directas, el método tradicional de aprendizaje para los niños se basaba en la observación y las señales sutiles. Las miradas, la presencia y el ejemplo comunicaban las expectativas de disciplina. Rene explicó que las enseñanzas formales en la casa comunal estaban más dirigidas a los tamborileros, y se esperaba que los niños se mantuvieran respetuosos y en silencio.

“Cuando yo era niña, se suponía que los niños debían ser vistos, pero no oídos”, dijo. “Eso era algo muy importante”.

Señaló el cambio en las enseñanzas y expectativas culturales a lo largo del tiempo y reconoció que las generaciones más jóvenes, incluidos sus propios nietos, no necesariamente comprendían las costumbres tradicionales y las expectativas anteriores.

“Mi nieta y los demás de esta generación ya no saben lo que eso significaba”, observó.

Rene contó que, cuando era pequeña, a los niños no se les permitía asistir a los funerales hasta que alcanzaban cierto nivel de madurez y comprensión. Recordó el primer funeral al que le permitieron asistir, el de su tía Tila Henry, cuando tenía unos doce años.

“Creo que el primero que recuerdo fue cuando tenía unos diez... diez o doce años. Ese fue el primero al que pude ir.”

Rene describió la disciplina en la casa comunal como “bastante estricta”. Señaló que durante su infancia la gente consideraba inapropiado el comportamiento lúdico o informal que se ve hoy en día.

“Mis nietos allá afuera comportándose de forma kushúm [salvaje o indómita]—eso no se podía hacer. Los ancianos estaban sentados allí con su látigo.”

Señaló el espacio que nos rodeaba, recordando la forma en que los ancianos imponían la disciplina, a menudo sin necesidad de decir una palabra.

“Simplemente te miraban”, dijo, transmitiendo lo poderosa que podía ser esa enseñanza silenciosa.

Cuando le pregunté a Rene sobre el papel de la mujer en la casa comunal, hizo hincapié en los claros límites ceremoniales que definen las responsabilidades según el género. “A las mujeres no se les permite tocar el tambor en absoluto”, explica, describiéndolo como un objeto sagrado designado explícitamente

para las responsabilidades ceremoniales de los hombres.

Continuó explicando la división de roles dentro de la casa comunal durante la ceremonia. La cocina, donde trabajan las mujeres, no está separada del espacio ceremonial; al contrario, es un aspecto vital y fundamental del mismo. Esta distinción refleja una estructura en la que los roles están diferenciados, pero profundamente interdependientes. Como explica Jacob (2013), citando el estudio de Ackerman sobre las normas de género en la Meseta, el orden social se basa en roles “complementarios pero iguales”. Rene reforzó esta visión del mundo cuando explicó: “Cuando estamos en la cocina, las mujeres no pueden ir de caza ni de pesca”. Estas actividades están reservadas para los hombres, cuyo rol es proveer y preparar comida como parte de su obligación ceremonial. “Los hombres proveen y nos la traen”, dijo.

Rene describió el protocolo ceremonial que se lleva a cabo cuando se trae la caza a la cocina de la casa comunal. “Cuando traen el venado, ya viene decapitado. No nos permiten comer ni ver la cabeza”, explicó. El animal se eviscera previamente, y solo el cuerpo del venado se lleva a las mujeres. “Eso es algo que se supone que hacen los hombres. Es un ritual para ellos, no para nosotras”, ella lo señaló.

Esto pone de relieve la importancia de la participación activa de los hombres en las ceremonias y tradiciones de la casa comunal. Para mantener un equilibrio armonioso entre los géneros, es necesario que los hombres también

participen y aprendan estas prácticas culturales. De esta manera, el feminismo Yakama depende de que los hombres perpetúen, defiendan y promuevan las tradiciones, encarnando los roles complementarios esenciales para la integridad cultural colectiva de la comunidad.

Cuando pregunté si a las mujeres se les permite manipular el pescado, Rene aclaró que sí, pero solo después de que los hombres hayan completado su papel ceremonial. “Después de que nos lo traigan, sí, puedes”, dijo.

Al reflexionar sobre el protocolo de género en el espacio ceremonial, Rene describió cómo antiguamente se mantenían límites claros en las relaciones dentro de la casa comunal. “En mis tiempos”, explicó, “no se permitía tocar a los hombres”. Recordó la profunda convicción con la que se practicaba este respeto: “Tenía un tío, el tío Will. Nadie, absolutamente nadie, lo tocaba. Los hombres debían ser respetados de esa manera en todo momento”.

A pesar de las expectativas formales, Rene recordaba con cariño la relación especial que tenía con su tío, que, con delicadeza, flexibilizaba las normas ceremoniales. “Me dejaba abrazarlo”, dijo. “Todos preguntaban: ‘¿Qué haces? ¿Por qué lo abrazas?’”. Pero me lo permitía. Y, la verdad, eso era muy especial para mí, de niña. Y él incluso me devolvía el abrazo en público”. Para ella, estos momentos eran significativos y reflejan tanto los lazos familiares como la cuidadosa negociación del respeto dentro de las estrictas expectativas culturales. “Mi difunto hermano y yo éramos muy unidos a él”, añadió. “Así que era bonito poder hacer eso con él, sentirnos parte de la familia”.

Cuando se le preguntó si esos límites ceremoniales habían cambiado en los últimos años, Rene reconoció los cambios. “Sí, ahora... ahora los hombres se abrazan”, señaló. “Y ya no se sientan en el lado de los hombres. Incluso los hombres se sientan con las mujeres, y las mujeres con los hombres”. Este cambio en la etiqueta espacial y relacional marca una transición generacional. “Antes no se podía hacer eso”, enfatizó. Al preguntarle cuándo empezó a notar el cambio, reflexionó: “Empezó a cambiar, probablemente... uf, diría que hace unos veinte años. Hace unos veinte años, todo empezó a cambiar”.

“Ahora se oye a los percussionistas. Nuestra sección de percusión... porque muchos de ellos ya fallecieron. Así que la sección de percusión es diferente. Están intentando enseñar a la generación más joven cómo hacerlo.”

Cuando se le preguntó qué opinaba sobre el desempeño de la generación más joven con la batería, ella respondió:

“Es diferente. Es diferente.”

Continuó, comparando las prácticas actuales con las de su infancia:

“Es igual que con las mujeres... con las recolectoras y las excavadoras. Ahora es diferente. Los tiempos son muy distintos a como eran cuando yo era joven. Antes era muy estricto. Ahora es más permisivo.”

Rene describió algunos de los cambios en las expectativas:

“Pueden tener teléfonos. Pueden hablar con sus hijos. Pueden tener nietos.”

Cuando se le comentó que “simplemente se siente diferente”, Rene respondió:

“Sí, es diferente. Aunque es una experiencia de aprendizaje para todos. Todos están intentando aprender.”

Esta reflexión explora la flexibilidad y los cambios dinámicos que permiten la perdurabilidad de la tradición y la cultura. Estos cambios posibilitan modificaciones en los estándares sociales, creando una estructura y función flexibles. Este concepto se asemeja al viento, que puede transformar el entorno y las circunstancias, y cuya adaptabilidad le permite ajustar su función y seguir prosperando. De manera similar, las narraciones orales se emplean con frecuencia porque permiten flexibilidad y la coexistencia de múltiples comprensiones, enseñanzas y prácticas. Rechazan los ideales rígidos y compartimentados de las ideologías y epistemologías occidentales, dando cabida a la multiplicidad y la adaptación a lo largo del tiempo.

Le pregunté a Rene sobre el papel de la mujer durante los cantos y bailes en la casa comunal, sabiendo que las mujeres no tocan el tambor. Respondió sin dudar: “Sí, no nos permiten tocar el tambor. Las mujeres, para ser honesta, nos mantenemos al margen. Tenemos que apoyar a los hombres”. Añadió que el papel de la mujer en este contexto es “estar a su lado, más o menos, sin interrumpirlos”.

Al preguntarle sobre la Ceremonia de los Primeros Alimentos, Rene habló con reverencia y claridad. “Los Primeros Alimentos son sumamente importantes para nosotros como pueblo indígena”, comenzó, “porque nos nutren”. La describió como un tiempo de renovación al “principio de la primavera”, que marca la llegada del “primer salmón, las primeras raíces que desenterramos, los venados, los alces”. Reflexionó: “Es nuestra primera salida, el ser vistos de nuevo... para estar abiertos y presentes”. Enfatizó no solo el significado ceremonial, sino también la importancia práctica de recolectar y conservar los alimentos: “Cuando vamos a excavar y cosechar, también es importante conservar los alimentos para que nos duren durante el invierno”.

Rene también señaló la división del trabajo por género en la preparación de alimentos, especialmente en el pasado: “Si se trata de secar la carne de venado y alce, los hombres se encargan de eso. Así que, normalmente, las mujeres no se ocupan de ello”. Pero observó un cambio en la práctica contemporánea y añadió: “Ahora se ven muchas más mujeres... En mi época, no había muchas que se dedicaran a eso”.

Este cambio ilustra la necesidad constante de preservar y mantener nuestras ceremonias, lo que a veces exige apartarse de las prácticas tradicionales. Durante nuestra entrevista, Martina describió ocasiones en las que la falta de venados para la ceremonia obligó a las mujeres a cazar. Nuestra comunidad tradicionalmente depende de los hombres para obtener la carne. Cuando esta responsabilidad no se cumple, nuestras

prácticas ceremoniales se ven significativamente afectadas, lo que hace necesario que las mujeres asuman ocasionalmente este rol para asegurar la continuidad de la ceremonia. Un patrón similar se observa en la pesca, donde las mujeres han asumido cada vez más roles y responsabilidades que son cada vez más inclusivos en cuanto al género.

Pregunté sobre los protocolos para el duelo por la pérdida de un ser querido, haciendo referencia a lo que Martina había comentado sobre esperar antes de regresar a las montañas. Rene afirmó que, tradicionalmente, la expectativa es que las personas esperen un año entero antes de retomar ciertas prácticas y responsabilidades ceremoniales. “Hay que tomar distancia”, explicó. Durante este tiempo, no está permitido ir a las montañas ni a zonas de excavación, ya que hacerlo se consideraría un tabú. “Si vas allí y arrancas las raíces, si recoges las bayas, esas bayas y esas raíces no volverán jamás”.

En cambio, otros se hacen cargo de esas responsabilidades. Rene recordó cómo, tras el fallecimiento de su hermano en 2023, la gente le trajo raíces y bayas a su familia. “Iban a recoger las raíces y luego las traían en bolsas de basura para que pudiéramos abonarlas y cuidarlas, para que estuviéramos listos para el funeral”. Añadió que trajeron “cientos y cientos de bayas”, enfatizando el esfuerzo colectivo que implica honrar este momento de duelo.

Cuando le pregunté sobre el impacto de los tratados en las prácticas ceremoniales y la continuidad cultural, Rene fue sincera. “Voy a ser

completamente honesta”, dijo. “Tengo 54 años y jamás he leído el tratado en mi vida”. Aunque recordó que su madre la instó a leerlo cuando se postuló para Miss Nación Yakama en 1989 —“tienes que leer el tratado, tienes que entender de qué se trata”—, Rene admitió: “Solo le eché un vistazo por encima... No sé qué implica”.

Su comprensión de los derechos consagrados en los tratados se ha ampliado gracias a su trabajo en el sistema federal, donde ahora se enfrenta a las implicaciones prácticas de dichos derechos. “Ahora entiendo mejor cuáles son nuestros derechos consagrados en los tratados y qué se supone que podemos hacer”, señaló. Si bien estos derechos influyen en su vida actual, reconoció: “Me afectan en algunos casos, pero no en todos”.

Hablamos sobre las perturbaciones más amplias que políticas como la aplicación de tratados y los internados han tenido en las ceremonias, el idioma y el conocimiento intergeneracional. Rene reflexionó sobre los desafíos: “No creo que nos haya afectado tanto aquí en la reserva”, dijo al principio. Pero luego añadió: “Entiendo un poco de yakama... Puedo hablar un poco cuando hablo con mi nieta, pero fue mi decisión”. Reconoció que las interrupciones causadas por la supresión de las ceremonias y el idioma tuvieron un efecto generacional: “Una vez que eso terminó, ya no se permite hacerlo, y eso es muy difícil”.

Rene también reconoció la distancia que algunas personas sienten con respecto a la vida ceremonial, en particular aquellas cuyas familias se vieron directamente afectadas

por los internados o el desplazamiento. “Hay quienes vienen porque dicen: ‘No sé qué estoy haciendo. ¿Alguien me puede ayudar, por favor?’”, compartió. La vulnerabilidad de quienes buscan reconectarse refleja tanto una interrupción en la transmisión del conocimiento como la resiliencia de nuestra cultura y el deseo de quienes buscan reconectarse con lo que se perdió o se rompió en su linaje.

Rene señaló que algunos miembros de la comunidad, en particular aquellos cuyas familias fueron apartadas de las prácticas tradicionales, podrían no estar familiarizados con la casa comunal ni con sus ceremonias. Comentó: “Hay quienes vienen porque dicen: ‘No sé qué estoy haciendo. ¿Alguien me puede ayudar, por favor?’”. Describió a un hombre Yakama inscrito, de unos sesenta años, que “no tiene ni idea de qué es la casa comunal ni de qué se trata la iglesia” porque “no creció en un entorno así” y “estaba fuera de la reserva”. Rene expresó su disposición a apoyarlo en su aprendizaje, diciendo: “Él realmente quiere ser parte de esto, tener esa sensación tradicional. Así que estamos tratando de brindarle esa experiencia y ese conocimiento”.

Respecto a la reconexión cultural, Rene explicó: “Tenemos gente que viene y estamos intentando aprender y enseñar, y están dispuestos, ansiosos. Quieren saber de qué se trata”. Identificó el idioma como un desafío importante, afirmando: “La barrera del idioma... no muchos de nosotros lo hablamos”. Si bien ella “lo entiende”, “no lo habla con fluidez”, y “las personas que vienen tampoco lo entienden ni lo hablan”. Señaló que “muchas de las personas que

están aquí no lo hablan, excepto Deland, el líder. Él sí lo habla, pero nadie más aquí”.

Rene describió la historia de Deland: “Deland llegó a nosotros sin haber hablado yakama nunca antes”, pero “quería recuperar su nombre indígena; su abuela había fallecido”. Quería recuperar el nombre indígena de su abuela. Y dijo: “Voy a aprender a hablar el idioma”. Y lo logró”. Añadió: “Fue a la universidad, se matriculó en la clase de idioma y lo aprendió en un año”.

Rene enfatizó que aprender la lengua yakama es sumamente valioso cuando se practica en interacción. “Es bueno tenerla a mano mientras se aprende, siempre y cuando se pueda conversar con alguien”, explicó. Reflexionando sobre su propia experiencia, compartió cómo su madre la animaba a hablarle solo en su lengua materna: “Le decía... no me hables en inglés. Solo quiero que me hables... en ichishkiin”. Este método, aunque significativo y expresado mediante acciones, no estaba exento de dificultades. “Era diferente porque no entendía, ya que tenía que repetírmelo todo”, recordó Rene, señalando que su dificultad con la pronunciación añadía otra complicación. “Era muy frustrante para ella porque yo no lograba dominar la lengua, los dialectos, ya que hay 14 dialectos diferentes”.

Rene explicó la diversidad lingüística de la Nación Yakama. “Hay 14 tribus y bandas diferentes en la reserva Yakama... aquí en la casa comunal Wapato, decimos *chush*, en Priest, dicen *chush*. En el río, dicen *cheesh*... cada uno tiene un dialecto diferente. Si bien algunos dialectos

todavía se hablan, reconoció que otros ya no se hablan. Añadió: “Los ancianos del río... no quedan muchos. Y... hay uno en Priest Rapids, donde quedan bastantes, y los niños lo están aprendiendo. Así que sí, nuestros niños aquí están tratando de aprender y nosotros de comprender”.

Cuando le pregunté qué consideraba más importante para las generaciones más jóvenes, Rene respondió directamente: “Aprender las tradiciones, seguir nuestras tradiciones... simplemente tener la mente abierta”. Describió cómo se esfuerza por transmitir este conocimiento, en particular a su nieta. “Ella tiene ganas de aprender, y yo la ayudo, le enseño... hoy estábamos sentadas a la mesa y ella dijo: ‘¡Oh, piyaxi [raíz tradicional]’”.

Rene señaló que, si bien muchos jóvenes quieren aprender, las distracciones como los videojuegos a menudo interfieren. “La generación más joven sí quiere aprender más, pero al mismo tiempo, está el tema de los videojuegos”. Compartió la historia de uno de sus nietos, quien participa en la banda de percusión pero tiene dificultades para concentrarse. “Simplemente los hace atrasarse. Pero trato de animarlo y ayudarlo a mantenerse en la fila”. Otro nieto, comentó, “no quiere... se queda en su habitación jugando videojuegos. Todo el día. Es como, no puedes hacer eso”. Expresó su preocupación: “Debería haber estado aquí hoy para servir agua, porque le gusta servir agua, pero no asistió”. Reflexionando sobre el cambio generacional, compartió: “La tradición se les está escapando poco a poco”. Hizo hincapié en la importancia de la enseñanza temprana: “Pero si les enseñas a esta edad... entonces puede que lo aprendan”.

Recolectar con cuidado: Tmáani (recolectar bayas, cosechar fruta) en la práctica

La siguiente sección reflexiona sobre mi experiencia personal al adentrarme en las montañas y participar con las mujeres en la fila para la casa comunal Yakama. Mi abuelo atwai (tío abuelo) Russell Jim fundó nuestra casa comunal, el White Swan Community Center (Centro Comunitario Cisne Blanco). Su esposa, mi tía abuela Barbara Jim, es ahora una de las líderes, junto con mi Kathlah (abuela) Carol Lucei, supervisando las prácticas ceremoniales y de recolección de alimentos, coordinando el montaje, la limpieza, la organización, la disposición de las mujeres en la fila y asegurándose de que todas tengan la vestimenta tradicional necesaria.

Al crecer y asistir a la casa comunal, siempre me sentí profundamente conectada con la tierra y la religión, rodeada del inmenso amor de mi familia en toda la comunidad. El año pasado tuve la oportunidad y el honor de unirme al grupo de mujeres que se dedican a la recolección y excavación de la tierra. Esto representa una oportunidad excepcional que conlleva importantes responsabilidades. Participar en este trabajo va más allá de la simple rutina; implica forjar una profunda conexión con la tierra.

Como expresó una de las líderes del grupo de mujeres, se trata de “abrir el alma a las bayas”, permitiendo que la tierra y tu ser se entrelacen. Requiere humildad para aceptar la sanación, la medicina, presente a lo largo de todo el



Figura 7

Chcháyá (Arbusto de juneberry). Aún no está listo para la cosecha. Estos frutos maduran antes que el huckleberry y las cerezas de Virginia. Fotografía de Hailey Allen.

proceso. Mis maestras enfatizaron que mantener un buen corazón —y cultivar pensamientos y sentimientos positivos y de gratitud— es esencial. Aprendimos que los sentimientos y pensamientos que experimentamos al conectar con la tierra y recolectar la medicina deben ser respetados y honrados. Esta energía que llevamos dentro se absorbe en la medicina. Si surgen pensamientos dañinos durante cualquier parte del proceso (recolección, limpieza, preparación o servicio), esa energía se adherirá a la medicina y la corromperá.

Tmísh (cerezas de Virginia) del valle de Yakama

Me preparaba para ir a recolectar bayas con las hermanas Swan de la casa comunal cuando mi hija de 8 años se despertó temprano y me preguntó adónde íbamos. Le recordé, como antes de nuestra visita, que era una gran oportunidad: iba a reunirme con las mujeres para recolectar bayas. Se levantó de un salto, frotándose los ojos adormilados (habíamos viajado tarde la noche anterior a Yakima y habíamos dormido poco) y dijo emocionada: “¡Yo también quiero ir!”.

Nos vestimos, preparamos nuestro almuerzo y salimos a encontrarnos con las mujeres. Esperándolas en White Swan, en el Cougar Den, desayunamos y compartimos nuestra emoción. Le expresé mi gratitud por haber elegido asumir este rol, señalando que, al comenzar su participación en la práctica viva a una edad tan temprana, acumularía experiencia y conocimiento para compartir con las generaciones más jóvenes. Fue un hermoso momento de aprendizaje conjunto, el *Hulí* en acción.

Tras reunirnos con el grupo de mujeres, nos dirigimos al valle para pasar el día recolectando cerezas de Virginia. Los pájaros nos acompañaron durante el trayecto, volando, danzando, revoloteando y girando.

Hablamos con los pájaros mientras mi hija sonreía, intentando capturar en fotografías este encuentro, absorbiendo y tratando de preservar el momento y las cualidades medicinales del entorno: el lugar donde nuestros ancestros han estado durante siglos y más. Nos maravillamos

con las ondulantes colinas que nos rodeaban. El día era hermoso e inusualmente fresco para principios de agosto en esta región semiárida. Experimenté una profunda respuesta somática, una conciencia de las células de mi cuerpo vibrando con la memoria ancestral, un despertar de nuestro ADN en relación con este lugar y un refuerzo de la profunda interconexión entre la tierra, el cuerpo y la herencia. Estábamos agradecidos por esta oportunidad de transmitir y participar en nuestras tradiciones.

Unos días antes de reunirme con las mujeres, pasé el día cosechando wisik (zarzamoras) en Ferndale y dediqué la tarde a hacer mermelada por primera vez, envasando los frascos para regalarlos. Este proceso de recolección y preparación de regalos estuvo impregnado de un cuidado intencional, reflejando una antigua práctica familiar arraigada en el principio indígena de reciprocidad: un ciclo continuo de dar y recibir que fortalece las relaciones.



Figura 8

Tmishaash (Arbusto de cerezo de Virginia), White Swan, Washington. Fotografía de Hailey Allen.

Llevé la mermelada de zarzamora como muestra de gratitud y me presenté de nuevo a las mujeres, pues hacía muchos años que no las veía. Durante la última década, había frecuentado principalmente la casa comunal de Wapato, mientras que estas mujeres, parientes por matrimonio, pertenecían a la casa comunal del Cisne Blanco, que yo rara vez había visitado, salvo para el pawanikt (ceremonia de bautizo) de mis hijos el verano anterior. El acto de dar, aunque modesto, era importante, sobre todo porque mi hija observaba y asimilaba esta práctica. El obsequio reconocía la interconexión entre las personas, la tierra y nuestros ancestros. También reconoce que honramos el privilegio de recolectar de la tierra y asumimos con seriedad la responsabilidad de honrar estos dones mediante la generosidad.

Al reunirnos para recoger cerezas silvestres, formamos una fila a lo largo del camino de tierra, cada uno sosteniendo su primera cereza, una sola cereza de Virginia cuidadosamente sujeta entre el pulgar y el índice de la mano derecha, ordenados de mayor a menor edad y mirando hacia el este. Hicimos una pausa para orar, cantar y presentarnos en ichishkiin con nuestros nombres indígenas. Agradecemos la lluvia que nos cayó encima, un regalo que refrescó el día, nutrió la tierra y refrescó los primeros alimentos y medicinas.

Pasamos el día recolectando, compartiendo historias, y mi hija hizo nuevas amigas. Las mujeres tenían edades comprendidas entre poco más de un año y ancianas matriarcas, lo que refleja el conocimiento intergeneracional y la continuidad cultural.



Figura 9

Mi hija, Ava Lien, limpiando y secando su **Tmish** (cereza de Virginia) Fotografía de Hailey Allen.

Conclusión

En esencia, este proceso ha sido dinámico y libre, desarrollándose a ritmos cíclicos y a su propio compás. Guiada por mi intuición, este proceso cíclico e iterativo me ha permitido sumergirme en la experiencia de la investigación, dando forma a un enfoque que trasciende la observación y ofrece una ceremonia reflexiva y participativa. A través del trabajo de campo —recolectar bayas, excavar por raíces, realizar carreras ceremoniales y entrevistar a ancianos— adquirí un conocimiento inmenso, que sentó las

bases para que la investigación experimental y participativa se convirtiera en erudición indígena.

Este marco fue comprendido y analizado desde la perspectiva de una mujer indígena, lo que contribuyó significativamente a la exploración académica de la cultura Yakama. Esta investigación evolucionó hacia un acto ceremonial, que floreció como un acto de resistencia que confrontó y rechazó los mecanismos coloniales de borrado y erradicación cultural. Al escribir desde nuestros marcos culturales, contribuimos al conocimiento académico, preservamos y transmitimos las enseñanzas indígenas y empoderamos a las mujeres de nuestras comunidades para que continúen con esta labor.

Estas lecciones enriquecieron mi comprensión e ilustraron la rica y sagrada medicina que la investigación ceremonial puede ofrecer. Todo esto fue posible gracias al apoyo y la guía de las mujeres de la casa comunal y de los ancianos, quienes tan generosamente me brindaron su apoyo y compartieron conmigo historias, reflexiones y experiencias enriquecedoras, por lo que siempre estaré profundamente agradecida.

Hulí encarna el conocimiento como vitalidad, sustentando la resiliencia cultural a través de enseñanzas intergeneracionales y la gestión ecológica. Mediante las leyendas, ceremonias e historia oral de los Yakama, he demostrado cómo *Hulí* impulsa el flujo de conocimiento y sanación como una forma de resistencia a la disrupción colonial, destacando a las mujeres Yakama como portadoras fundamentales de resiliencia. He descubierto que, a través de la reverente gestión de las mujeres Yakama como guardianas del conocimiento tradicional y posicionadas como el alimento generativo de la comunidad y la tierra, las historias, ceremonias y prácticas de reunión y enseñanza han creado un esfuerzo colectivo para sanar las heridas históricas y reafirmar nuestra sagrada relación con la tierra. Vi esperanza y vitalidad reflejadas en los ojos de las ancianas y las líderes del linaje femenino. Su gratitud, como *Hulí*, fluía por la casa comunal, llevando consigo la fuerza de sus corazones y su compromiso de honrar y preservar nuestras tradiciones, reforzando y nutriendo un futuro vibrante y esperanzador para las siete generaciones venideras.

REFERENCIAS

- Beavert, V. R., & Hargus, S. L. (2018). *Ichishkíin Sínwit Yakama / Yakima Sahaptin dictionary* (1st ed.). University of Washington Press.
- Beavert, V. R., & Underriner, J. L. (Eds.). (2019). *The Gift of Knowledge / Ttnúwit Átawish Nch'inch'imamí: Reflections on Sahaptin Ways*. University of Washington Press.
- Betasamosake Simpson, L. (2020). *As we have always done*. University of Minnesota Press.

- Betasamosake Simpson, L. (2025). *Theory of Water: Nishnaabe Maps to the Times Ahead*. Haymarket Books.
- Brockie, T. N., Heinzelmann, M., & Gill, J. (2013). A framework to examine the role of epigenetics in health disparities among Native Americans. *Nursing Research and Practice*, 2013, 410395. <https://doi.org/10.1155/2013/410395>
- Cajete, G. A. (2020). Indigenous science, climate change, and indigenous community building: A framework of foundational perspectives for indigenous community resilience and revitalization. *Sustainability*, 12(22), 9569. <https://doi.org/10.3390/su12229569>
- Consortium of Johnson-O'Malley Committees of Region IV, State of Washington, (Ed.), Beavert, V. R. (Project Director), & Walker Jr., D. E. (Technical Advisor). (1974). The way it was (Anaku Iwacha): *Yakima legends* (1st ed., Library of Congress Cat. No. 74-33971). Franklin Press.
- Dashtdar, M., Dashtdar, M. R., Dashtdar, B., Kardi, K., & Shirazi, M. K. (2016). The concept of wind in traditional Chinese medicine. *Journal of Pharmacopuncture*, 19(4), 293–302. <https://doi.org/10.3831/KPI.2016.19.030>
- Deloria, V., Jr. (2023, June 20). *God is red* (4th ed.). Fulcrum Publishing.
- Deloia, J., Barbiero, V. (2018). *Essentials of Public Health Biology*. United States: Jones & Bartlett Learning.
- Jacob, M. M. (2014). *Yakama Rising: Indigenous cultural revitalization, activism, and healing*. University of Arizona Press.
- Jacob, M. M. (2020). *Huckleberries and Coyotes: Lessons from Our More Than Human Relations* (illus. by C. Buck). Anahuy Mentoring, LLC.
- Jacob, M. M. (2021, March 25). *Fox Doesn't Wear a Watch: Lessons from Mother Nature's Classroom*. Anahuy Mentoring, LLC.
- Jacob, M. M. (2022, August 21). *Birthday Gifts: Honoring People and Places We Love*. Anahuy Mentoring, LLC.
- Jacob, M. M., & RunningHawk Johnson, S. (Eds.). (2019). *On Indian Ground: The Northwest* (1st ed.). Information Age Publishing.
- Korn, L. E. (2013). *Rhythms of Recovery: Trauma, Nature, and the Body. (en itálicas, con punto al final)* (1st ed.). Routledge.
- Milliren, K. C. (2020). *Resurrection flowers and Indigenous ecological knowledge: Sacred ecology, colonial capitalism, and Yakama feminism as preservation ethic* (Master's thesis). Purdue University Graduate School. <https://doi.org/10.25394/PGS.12749612.v1>
- Rogers-LaVanne, M. P., Bader, A. C., de Flamingh, A., Saboowala, S., Smythe, C., Atchison, B., Moulton, N., Wilson, A., Wildman, D. E., Boraas, A., Uddin, M., & Worl, R., Malhi, R. S. (2023, September 8). Association between gene methylation and experiences of historical trauma in Alaska Native peoples. *International Journal for Equity in Health*, 22(1), 182. <https://doi.org/10.1186/s12939-023-01967-7>

Shiva, V. (2020). *Reclaiming the commons: Biodiversity, traditional knowledge, and the rights of Mother Earth*. Synergetic Press.

Smith, L. T. (2012). *Decolonizing methodologies: Research and Indigenous peoples*. Zed Books.

Thornton, R. J. (2017). *Healing the exposed being: The Ngoma healing tradition in South Africa* [e-book]. Wits University Press. <https://doi.org/10.18772/22017075850>

Este artículo puede citarse como:

Allen, Hailey. 2026. "Mujeres Yakama en la casa comunal: medicinas transmitidas por el Hulí y ceremonias tradicionales de los primeros alimentos: parte 1." *Fourth World Journal* 25 (2): 26–53.

ACERCA DE LA AUTORA



Hailey Allen

Hailey Allen (Thx̌) es Yakama y Umatilla y recientemente obtuvo una licenciatura en Salud Pública, con especializaciones en Ciencia Política y Estudios Indígenas Americanos. Exbecaria de verano de CWIS, actualmente se integra a la organización como Kiaux Russell Jim Public Health Research Fellow, donde su trabajo se centra en la medicina tradicional de las mujeres.

Su trayectoria estuvo profundamente influenciada por su tío abuelo, el fallecido anciano yakama Russell Jim —líder del longhouse y protector ambiental—, cuyo compromiso con la comunidad marcó su enfoque hacia la investigación y la salud pública. Desde una perspectiva feminista indígena, su labor académica destaca los roles de las mujeres dentro del longhouse yakama. En “Mujeres Yakama en la casa comunal: Medicinas transmitidas por el Hulí y ceremonias tradicionales de los Primeros Alimentos”, explora cómo la medicina, la ceremonia y las enseñanzas de los Primeros Alimentos sostienen el conocimiento cultural a través de las generaciones. Allen es también madre de dos hijos, corredora de fondo, cofundadora de Hulí Boardshop en Ferndale, Washington, y artista visual profesional incluida en el ArtsWA Public Artist Roster, donde crea retratos abstractos audaces y de múltiples capas que centran a las mujeres indígenas.